

In nomine Dei Amen.

5-179-

Jesus ergo fatigatus a itinere sedebat super fontem: leg. S. S. p. 70  
Jesus fatigado del camino se sentó sobre la fuente.

La vida de los hombres está sujeta a diversas mutaciones, q. tienen tambien d. principio; p.º que se puede mudar de buena en mala, y de mala en peor, y estas mudanzas son obras del demonio: puede mudarse tambien de mala en buena, de buena en mejor; y esta no puede provenir sino de la mano de Dios. Ven todas estas mudanzas q. obra la divina gracia sobre el coraron de los hombres algunas tan prodigiosas, y de circunstancias tan extraordinarias, q. visible se nota en ellas la operacion de esta mano divina; y tal es sin duda alguna la conversion de la Samaritana, q. se nos propone hoy en el Evangelio de a sea que se refiere a su Religion, sea que se considere en vida y costumbres, sea que se atiende a su estado y condicion, es facil el comprender, q. Dios pudo hacer de una infiel una Cristiana, y de una muger una santa. De tal modo que cuando considero todas estas mudanzas, que se hacen hoy dia en esta muger, me parece que veo de estas prodigiosas estrellas de que habla un Profeta, que a la pri. p.º vos de Dios, salen con toda su hermosura y claridad del seno de su da nos, y le responden y se presentan a el. Por que aunque la Samaritana que verdad, no salio tan prontamente de las tinieblas de su infidelidad, se pecados; aunque disputa, y al parecer se opone, largo tiempo contra su gracia, y aunque emplea toda la astucia de su sagaz entendimiento p.º accidia sus tin. con todo manifesta su luz y esplendor; y como el el espiritu naturalmente grande, como se dijo entender de la conversacion, tubo con el Salvador del mundo; se formó en ella, del concurso de gracia y de este espiritu, un cierto caracter de grandera, que la hizo p.º de mayores cosas, y la puso en el orden de los mas grandes ejemplos.

Es cierto que no vemos en esta nueva convertida, ni las lagrimas de una Magdalena, ni la violencia de su contricion, ni la ternura de amor; pero vemos si una grandera de alma, y una humildad casi sin q. pto en la confesion sincera y publica q. hace de su mala vida; vemos un



una viva y generosa, un deseo ardiente grande de recibir la gracia de Dios, y sobre todo  
un zelo ardiente en procurar la gloria de Dios, y la salud de un pueblo. Observemos  
en dos cosas en esta conversacion prodigiosa de que nos habla el Evangelio, a las que  
puede reducirse todo mi discurso: lo que J. C. hizo p.<sup>o</sup> esta mujer, y lo que obró  
ella, y por ella: queais decir, los medios y los sentimientos de su conversion: dos  
circunstancias que nos hacen ver la dicha, y el merito de esta mujer: su dicha  
por singularidad de las gracias que Dios le hizo; y su merito, en la grande-  
za de sus virtudes.

### Que Maria.

El grande bondad de Dios el esperar a los pecadores a la penitencia, y recibirlos despues  
de los desordenes de su vida pasada; pero es mucho mayor el buscarlos p.<sup>o</sup> ofrecerles su  
gracia, y convidarlos a que la reciban; pero lo que excede a toda ponderacion, el grande  
prodigio de su misericordia, y p.<sup>o</sup> donde comienza la conversion de la Samaritana, es el cansarse  
y fatigarse en esta solicitud. Teni presto, en efecto siendo Dios y hombre, hizo dos generos de  
milagros, p.<sup>o</sup> darnos a conocer las dos naturalezas que habia en el: milagros de poder, p.<sup>o</sup>  
viremos que era Dios, y milagros de flaqueza p.<sup>o</sup> q.<sup>o</sup> viremos q.<sup>o</sup> era hombre.  
Es, hoy p.<sup>o</sup> decir, que los de un flaqueza son aun mas maravillosos, que los de un poder;  
que si con los de un poder sujeto a la Naturaleza, y al pecado a las leyes de Dios;  
dando salud a los enfermos, vida a los muertos, y gracia a los pecadores; con los de un fla-  
queza y enfermedad se sujeto a si mismo a las leyes de la Naturaleza, p.<sup>o</sup> de imparable  
hizo pacible y de immortal, mortal; y asi el mayor milagro q.<sup>o</sup> admiro hoy en  
nuestro Evangelio, no es un milagro de poder, sino un milagro de flaqueza y enfermedad.

No es la conversion de la Samaritana la que me asombra, sino la pena q.<sup>o</sup>  
hizo de Dios se toma p.<sup>o</sup> convertirla: no me asombra ya el que Dios busque a una pecadora, y  
le presente su gracia, p.<sup>o</sup> parece natural que la misericordia tenga piedad de su crea-  
tura, y que el Poderoso quiera reparar su obra; p.<sup>o</sup> es extraño q.<sup>o</sup> la virtud de Dios se canse  
esta fequiza, y que aquel q.<sup>o</sup> da vigor a las cosas mas languidas, y sin el que  
mas fuertes se hacen debiles; que un Dios q.<sup>o</sup> creó al mundo sin pena, y q.<sup>o</sup> obró  
tan prodigio en el mundo; que un Dios tan poderoso, tan grande, y tan fuerte, se  
haga tan cansado y fatigado, q.<sup>o</sup> se vea precisado a reposar sobre una fuente, no  
to p.<sup>o</sup> tomar nuevas fuerzas, cuanto p.<sup>o</sup> dadas, ni tanto p.<sup>o</sup> descansar, cuanto  
esperar a la Samaritana, q.<sup>o</sup> iba a sacar agua de esta fuente, a fin de convertirla  
a su gracia.



Este fue, O. todo el fin de un viaje, y el de un reposo. Por eso se fatiga, y se da  
pria, temiendo el q.º acauso le faltase la ocasion de encontrarse con esta mujer. Por  
envio a sus discipulos a la Ciudad, p.º que dariese solo con ella, y aplicase toda  
conversion y salud de su alma. Cuando Dios crió al hombre, dice Tertuliano, está  
ocupado de esta grande obra, que parecia no tener manos, o por, Saviduría, ni providencia  
p.º formando, concideralos, designarlos, y concervarlos. Así tambien el Hijo de Dios, trab  
en la conversion de la Samaritana, p.º se aplica a ella, como sino tubiese otra  
en el mundo; le deja todo, su propio Pais, la salud de su pueblo, y su primif  
cion; aparta aun a sus Apóstoles p.º no pensar en otra cosa, sino en ella; lo q.º  
ga a aplicar aqui lo q.º decia el Angelico Dor. Tho. Tomas, hablando del amor q.º co  
tiene al hombre: que parece que este hombre era el Dios de Dios, su glori  
felicidad, y su salud.

La Saviduría de Dios, instruye a la Samaritana a  
fondo de la Religion, de la verdad, y de su condicion; haciendola conocer  
el or el don de Dios, y el Merito q.º se le da en los Indios. La instruye de la necesidad  
virtud de la gracia, que le propone bajo la figura de una agua viva, q.º da la vida  
y la eterna en fin la verdadera y solida piedad, en caracte, y espíritu, evita  
con toda cuidadosa, las disputas y controversias q.º la podian disgustar. Otro q.º  
hubiera quejado muchísimo de la dureza de esta mujer, y haberle negado  
que la pedía p.º el pretexto del odio q.º habia entre los Samaritanos y Judios. Pero  
Hijo de Dios no se queja, ni le ocha en cara su dureza, ni el defecto de su  
dad, antes bien disimulando este desprecio, se contenta con decirle p.º evitar  
curiosidad, y acometida p.º su flaqueza, q.º no conocia al que la hablaba,  
si le conociera, lejos de rehusarle el agua, ella misma se la pediría, y el la da  
una agua viva q.º aplacaria su sed p.º toda su vida, infinitamente mas preciosa  
excelente, que la q.º le negaba; y cuando le pregunta esta mujer con una esp  
de ironia, si se arca ser mayor que Jacob, q.º le dio esta fuente, el Salvador evita  
comparacion y no la responde, evade a su pregunta, p.º que sabia muy bien que  
respondera, no le escusaria.

Ben efecto, como los Samaritanos estimaban  
tanto a este Santo Patriarca, si J.º hubiese respondido justamente como pod  
aventura a la cuestion de la Samaritana, si le hubiese dicho como a los Judios  
Hijos de Abraham: te digo con toda verdad q.º antes q.º Jacob viniere al mundo  
yo; y aunque soy de tu posteridad y del mismo don de tu hijo, soy con todo mas an  
guo, y grande que el. Es cierto que hubiera inquietado el espíritu de esta mujer



ni no hubiera tomado piedras p<sup>o</sup> tirarle como lo hicieron los Judios, cuando le dijo que  
mayor que Abran, a lo menos le hubiera dejado, y despreciado, como un insensato,  
extravagante, y un hombre que no sabia lo que se decia. Si bien como ad-  
verte el Crisostomo era importante el disminuir, y suprimir p<sup>o</sup> algun  
tiempo esta comparacion p<sup>o</sup> conducir el espiritu de esta mujer q<sup>u</sup>  
en no era capaz de tan grande verdad. Esta es la gracia que se hace,  
que no quiso hacer jamas a los Judios, p<sup>o</sup> siempre que tubo ocasion de darles a  
ver la grandera, y dignidad de su condicion, lo opuso: solo aqui la disminu-  
yó, afin de no intimidar el espiritu de la Samaritana suprimiendo la  
comparacion de las personas, que podrian causarle pena, y tomando las de las  
que p<sup>o</sup> excitar su curiosidad, su fe, sus deseos, y disponiendola a recibir la  
gracia.

Y todos los que bebiere de la agua de esta fuente aun tendran sed; pero el  
que bebiere de la agua que yo le diere, apagara p<sup>o</sup> siempre la sed, y se hara en el  
una fuente perenne de agua viva, que seral t<sup>o</sup> en la eternidad. Y hubo  
un discurso mas sabio, mas convincente, y mas atractivo? Se puede hablar con  
tal destreza y circunspeccion? Yo no digo nada de esta victoriosa guerra que acom-  
pañaba a estas palabras; p<sup>o</sup> que como son vivas y llenas de fuego, p<sup>o</sup> explicarme  
los terminos de esta heritura, luego echo de ver la Samaritana, que no eran solo pala-  
bras que entran en el alma, sino sentimientos, y afectos que penetran el coraron;  
asi formada y absorba de escuchar tan grandes cosas, le pidio que le diese  
esta agua. Señor, dadme de esa agua que sacie p<sup>o</sup> siempre la sed, y que da  
la vida eterna.

Y ved aqui, N. donde el Hijo de Dios se esperaba a la Samar-  
itana, y donde nos espera a todos nosotros, p<sup>o</sup> las verdades que le dice hoy dia,  
que hicieron tanta impresion en ella, son las mismas que anunciamos todos los  
dias a nuestros oyentes, y que ordinariamente no nos mueven. Yo bien se  
que no es ni con el mismo grado de elocuencia, uncion, ni fuerza, p<sup>o</sup> n<sup>o</sup>  
ninguno se ha concedido jamas hablar como N. Pero en el fondo, la verdad,  
la palabra siempre es la misma, que nos convertira como a la Samaritana  
se escuchase no como palabra de hombre, sino como palabra del mismo  
Hijo, que de n<sup>o</sup> es capaz de hacer impresion sobre la voluntad del  
hombre, y de darle todos los movimientos q<sup>u</sup> quiera. Esta mujer a la verdad disputa



contra J.C. y su gracia, arrojase cuanto pudo, y empleó todas las sutilezas de  
los malos razonamientos de que era capaz un espíritu tan grande como  
suyo: pero viéndose oprimido bajo el peso de la verdad, y bondad, se  
abrió su corazón a la gracia, y a la virtud; y ved aquí el lugar  
en que después de haber admirado su dicha en la cruz, y en la  
de las gracias que Dios le hizo; es necesario admirarnos también  
merito en la consideración de las virtudes que practicó.

- P. 2.º

Y para comenzar por la humildad que es el fundamento de todas, y la primera  
que se presenta en la serie de nuestros Evangelios; se puede decir  
un ejemplo mas grande que el que manifestamos cuando el Hijo  
Dios le echó en rostro el desorden de su mala vida? habi-  
endo bien le dijo el Sr. cuando decís que no tenéis maridos, ¿por qué  
que han tenido cinco, y el que tiene ahora también esta mujer  
¿cual es aquella mujer que por poco que estime su reputación y  
fama, no se altera y enfada contra cualquiera que la infame  
semejante discursos? Vosotros sabéis lo delicado que es esto, ¿sea calumnia  
o verdad, es siempre el ultimo ultraje, la mas cruel de todas las  
injurias, y la mas sangrienta: con toda la Samaritana lejos de  
quejarse y enfadarse contra J.C. confiesa su falta con una  
humildad sin ejemplo. Señor, le dice vos bien que sois Profeta  
pues conocéis un comercio que es tan oculto, y una costumbre  
particular. ¿Hubo jamas sinceridad igual, hubo humildad tan profunda  
y grandera de alma como esta? Si el pecado que el Hijo de Dios le echó  
en rostro fuera del numero de aquellas faltas que no tocan a la re-  
putación, de aquellas que aun consagra el mundo, y de que tam-  
bien hacen gala, como la vanidad, la ambición, el odio, la envidia,  
hacer gala, como la blandura y la delicadeza, no me pastaría de que hubiese  
nada tan poca pena en decirlo a un hombre que no conocia; pero un



mercio tan vergonzoso como aquel, un desorden que lleva consigo tanta  
confusion e infamia, y si acaes cuando es necesario el descubrimiento bajo el secreto  
violable de la Confesion, que violencia y que confusion de espíritu no suela  
estar? ellas quisiere suela decirse, perder la vida que el honor; pues este  
aunque no hace denunciar la sangre de las venas, la hace subir al  
semblante p.<sup>o</sup> este pudor, que se pueda decir y llamar la voz de la  
penitencia.

Con todo, esta reputacion tan preciosa y estimada fue  
que sacrifico la Samaritana, a gloria de Dios, y de su propia  
gloria. Como no tubo verguenza p.<sup>o</sup> cometer el delito, no la im-  
puto la verguenza de que lo confesase; y aun lo que admira mas  
es que no se contento con solo manifestarlo en secreto a nuestro Sr.  
que hace una confesion publica a toda la ciudad de  
Samaritanas.

Benid todo, dice a ver a un hombre extraordinario que me  
dicho cuanto he echo, toda mi vida me ha puesto en transparencia,  
mi comercio; No sera este el Marías? Yo pienso que es Cristo.  
Yo digo p.<sup>o</sup> esto que sea conveniente que todos los que viven de este  
modo hagan una confesion tan publica; pero digo que seria aspe-  
ctable, que al menos abriesen su corazon p.<sup>o</sup> confesarse debidamente  
que mudasen de vida, como esta mujer, a gloria de Dios, y p.<sup>o</sup> su  
propia salud; que seria muy importante digo, que comparasen  
un solo instante la confusion que ver quierren sufrir en este  
momento, con la que sufriran en el juicio de Dios; y que compren-  
diesen bien la diferencia que hay de descubrir su pecado a un confesor,  
secreto, confesivo, y caritativo, a verlo entonces descubierto a la  
faz de todo el universo. Por que, que sera entonces de esta  
que no quisio hablar, y de este semblante que disminuia  
tanto?

Siempre hay necesidad, o yendo de sufrir o la una, o la otra de estas  
confusiones; y aun el exemplo de la Samaritana nos hace ver, que no se perdona el  
pecado, sino se confiesa: o sino; p.<sup>o</sup> que el Hijo de Dios no la concedio su gracia luego.



go que la pidió? Por que la dijo que llamarse a' su marido? Uno p.<sup>o</sup> obligarla a' que se  
respondiese, que no lo tenia; p.<sup>o</sup> tomar de allí ocasion y reprehenderla de su mal consejo  
y preciarla a' que se acusase ella misma p.<sup>o</sup> conseguir el perdón. Pero esta mujer  
no se le perdono la culpa, no recibia la gracia de Dios, ni aun tubo sino una idea  
y un conocimiento confuso de la Religión; p.<sup>o</sup> apenas confeso su culpa, cuando recibio  
abundancia de los dones espirituales, la fe, la esperanza, la caridad. No  
Cristo la dice clara, y distintamente que el es el Mesias, quien le habla  
Maravillas padece de la humildad de esta mujer. Lo que el Salvador  
mundo no revelo a' la mayor parte de los Apóstoles; lo q.<sup>o</sup> no quiso decir  
aquellos dos discípulos que en otra ora caminaban con el al castillo de Em  
lo manifesto tan clara y lucidamente a' una estrana, a' una infiel, a' una mu  
mundana. Pero lo que hace ver mayor la grandera y generosidad de su fe, es  
que ella le cree, fundada unicamente sobre su testimonio, sobre su mi  
palabra; sin prueba, sin milagro, y sin alguno de estos motivos que han esta  
cido la Religión.

Nosotros admiramos la fe de aquellos Reyes, que fueron  
adorar a' J. C. recién nacido, la de los Apóstoles que dejaron todas las cosas, y  
seguirle y servirle; y la de los pueblos todos, que adoraron a' un Dios Crucificado  
p.<sup>o</sup> a' mi ver aun debemos admirar mas la de la Samaritana; p.<sup>o</sup> que los Reyes  
aun no hubieran ido a' adorar al Salvador del mundo, sino hubieran sido  
llamados por una estrella milagrosa, los Apóstoles no hubieran dejado  
las cosas p.<sup>o</sup> seguirle, sin los prodigios que le vieron hacer, y si los pueblos  
raron a' este Dios Crucificado, fue p.<sup>o</sup> que vieron el cumplimiento de  
profecias, los milagros, la sangre de los Martires, la mudanza de costumbres  
y la santidad de vida; p.<sup>o</sup> esta mujer sin ver, ni milagro, ni Martires,  
mudanza de vida, ni costumbres, creyo en el, y aun dego su cantar, y  
lo demas p.<sup>o</sup> ir a predicar a' la ciudad de Samaria. Venid todos dice  
a ver a' un hombre extraordinario que me ha dicho todo lo q.<sup>o</sup> he echo; no  
sera' este el Mesias?  
, 'Cora admirable!' exclama N. Ambrosio. 'la que salio  
la ciudad no hace una ora en calidad de pecadora, vuelve a' ella ech



una predicadora, y un Apóstol; 'O mujer apostólica dice, el cristiano, y aun mas poder-  
oso que todos los Apóstoles, p<sup>er</sup> esto no anunciaron el Evangelio, ni el Mesias, sino  
después de la muerte y resurrección de J.C. y aquella lo anuncia antes del cum-  
plimiento de estos misterios; ella no vio como los Apóstoles curar á los enfer-  
mos, resucitar á los muertos, dar vista á los ciegos, libertad á los poseídos  
del demonio; y con todo predicó la Divinidad de J.C. con tanta confian-  
za como todos los Apóstoles.

Pero conque celo! pues por ir á llevar la fe á  
Samaritania lo abandonó todo en el momento, su ejercicio, su empleo,  
todas sus ocupaciones y negocios, y aun no temió el deshonrarse públicamente  
para obligar á todo el mundo á que reconociese á J.C. p<sup>er</sup> verdadero  
señor, como en efecto consiguió que la mayor parte de los habitantes de Sama-  
ritania recibiesen la verdadera fe, p<sup>er</sup> su testimonio y palabra. Vosotros también,  
gentes mías, no convertiremos á Dios, si escuchamos con la atención debida  
sus palabras con q<sup>ue</sup> esta admirable mujer crió á sus conciudadanos, p<sup>er</sup>  
lo que les dijo esta criatura p<sup>er</sup> nuestra instrucción; y aun todavía  
ella llama con la voz del Evangelio: venid, venid todos, y ved á este hom-  
bre extraordinario, y considerad con atención lo que es, y lo que sois vosotros;  
considerad lo que ha hecho p<sup>er</sup> vosotros, y lo que le debéis á él, y á sus gra-  
cias.

Este divino don que no entendía la Samaritana, y q<sup>ue</sup> J.C. le dió á  
conocer. La gracia, esta fuente copiosa de la inocencia, y fervor de los justos, de los  
suspensos y lagrimas de los pecadores arrepentidos. del celo, y fortaleza de los  
Apóstoles, de la constancia é intrepidez de los mártires. 'O gracia preciosa!  
cuando sabremos conocer, y estimar dignamente beneficio tan precioso! Ay!  
mi amado; que un Padre amoroso se deje aplacar p<sup>er</sup> los suspiros del Hijo prodigo;  
que Dios desfogó su enojo p<sup>er</sup> el arrepentimiento de sus hermanos, y luego de  
Jacobo: que Amos se ventura p<sup>er</sup> las lagrimas de Ester; que J.C. se mueva á  
misericordia p<sup>er</sup> la fe de la Cananea, p<sup>er</sup> el silencio de la mujer adúltera,  
p<sup>er</sup> las lagrimas de Magdalena, p<sup>er</sup> los lamentos y penitencia de Pedro; que nuestro  
Dios se muestre propicio á los gemidos y dolor de un corazón contrito y humi-  
llado, no nos debe causar ninguna maravilla; solo si nos debe



admirar y maravillarnos, de la paciencia con que Dios sufre y espera al pe-  
cador, p.<sup>ta</sup> esta paciencia admirable con que tolera y disimula los pecados de  
los hombres, es la mejor prenda y garantía que nos asegura la pronta benignidad  
con que admite a su amistad a los pecadores.

En el mismo echo de conceder  
tiempo al pecador p.<sup>ta</sup> arrepentirse, nos prometa el beneficio de su reconcilia-  
ción y misericordia. ¿Por que pensamos que tarda en castigarnos, sino p.<sup>ta</sup> tener  
lugar de perdonarnos? Pero que el Señor despreciado como tras la obaja desca-  
rrada y fugitiva, que el Señor inútilmente solicite al siervo inútil, al estor-  
vo rebelde, que con Dios que tanto abomina el pecado, se anticipe a tratar  
con el pecador, se humille a este suplicar y decir, como la dijo a la Samari-  
tana: *dá mihi aquam*. que fue lo mismo que decirnos, Dame tu cora-  
zon. ¿' Hombre! se coraron que yo te pido, que he tanta ansia que me  
niegas, se coraron objecto de mis deseos, redimido con mi sangre, se cora-  
ron que yo merezca, y a quien yo solo puedo hacer feliz; Dame se cora-  
ron repudiado p.<sup>ta</sup> el mundo, siempre pecador, y siempre infeliz, victi-  
ma miserable de tantas pasiones, alterado con tantos deseos, consternado  
con tanto luto, agitado con tantas sospechas, consumido con tantas  
envidias, desesperado con tantas traiciones, marchitado con tantas pe-  
sadumbres, devorinado con tantos desahucamientos, despedatado con tanto  
perarar.

¿Pecador, ni tu sabes lo que buscas, ni de quien huyes?  
¿p.<sup>ta</sup> ventura poderoso el mundo, p.<sup>ta</sup> llenar la inmensa capacidad  
de tu corazon? Entiende que siempre seran mayores tus deseos, y excede-  
ran a las felicidades que el puede ofrecerte. Seme te combida con su  
amistad, prueba a lo menos, si con el lograras mejor suerte: asta  
aqui no has conocido sino la tirania de las pasiones, y no tienes nin-  
guna experiencia del amable imperio de la gracia, ni del silencio  
profundo y agradable, ni de la dulce y delicioso paz, q.<sup>ta</sup> infunde a  
una alma docil y ovediente a su voz; oíd p.<sup>ta</sup> la voz del mismo Dios  
q.<sup>ta</sup> dice, No te pido ya que me des tu corazon, solo te pido que le deses en  
su entera libertad, que yo se q.<sup>ta</sup> no tardare en volverme a mi, yo le llamo.



continuamente con las inspiraciones de mi gracia: no te parecen bastante p.<sup>a</sup> la desdicha las miserias de esta vida, sino añades a ella una infelicidad eterna? Un suspiro nacido de lo intimo de tu alma limpiara tus iniquidades, y las lagrimas de un verdadero arrepentimiento apagarán el fuego de mi encendida colera: vuelve a mi, que aquí me tienes con los brazos abiertos p.<sup>a</sup> abrazarte, p.<sup>a</sup> recibirte, y olvidarme de tus ingratitudes.

¿Quien de vosotros se resiste a este llamamiento amoroso de nuestro Padre Dios? Cuando se pone delante el maravilloso ejemplo de la conversión que se refiere en el Evangelio de este día. La Samaritana después de su desconcertada vida se arrepintió finalmente, y vosotros en medio de tantas instrucciones, de tantos auxilios, de tantas luces, de tanto llamamiento, continuareis todavía en vuestros vicios, en vuestras paciones desahogadas, proponiendos planes imaginarios de conversión fantástica, insultando y despreciando los movimientos de la gracia del Sr. que os toca a las puertas de vuestro corazón.

Dejémoslos, Señor, que el justo no se justifica, sino a beneficio de la gracia, y que el pecador no se santifica sino por sus multiplicadas resistencias a la gracia: a si que como prudentes nosotros en nuestra conducta, en adelante reformemos nuestras costumbres, penetrados de dolor, y de arrepentimiento, evitemos el abuso de tantas gracias que hemos recibido, y malogrado; Menos de agradecimiento aprovechemos las que recibimos <sup>en esta hora,</sup> hoy, y pues el Espíritu Santo nos habla todavía hoy, no desoigamos su voz, ya que nuestras ingratitudes no han bastado p.<sup>a</sup> contentarle, no queramos contristarle mas con nuestras indignas y malignas resistencias.

‘Si Dios mio y Señor mio,’ vos me habeis prevenido como a la Samaritana, vos me habeis esperado, y me habeis echo ver la excelencia.



de vuestro Don; vos me habeis estrechado, y sollicitado tan veces, y yo siempre -  
otras tantas me mostrado rebelde e ingrato. Me de verisier siempre, o -  
Dios mio, contra vuestra gracia! No Señor, convertímonos p<sup>ra</sup> que triunfe -  
mos y goce vuestra gracia. Haced que renascan hoy con milagros;  
este es el tiempo de vuestras misericordias. Si hay en este audito -  
rio algun espíritu ciego p<sup>or</sup> el error, si hay algun corazón corrompido  
p<sup>or</sup> el libertinaje, herible, gran Dios, heridle de muerte, pero heridle  
con uno de aquellos dardos que sabeis escoger en los momentos  
privilegiados de vuestras mas dulces complacencias. El pecador pene -  
trado de vuestra gracia, ilustrado y convertido, anunciará vuestras  
bondades; empuñará á los cómplices de sus enores y extravíos á volver -  
sobre si, á creer en vos y á servirlos: de este modo triunfará vuestra divina  
gracia de todos los entendimientos, y de todos los corazones, p<sup>ra</sup> q<sup>e</sup> reconocidos  
después de haber publicado las victorias, los triunfos de vuestro Don, y  
las grandezas de vuestras misericordias, bendigamos vuestro amor  
eternamente en las moradas de la gloria - Amen